34 – Fidelidad que Transforma la Vida

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***

Image type unknown
http://www.ministeriotiempodevictoria.com/wp-content/uploads/2026/11/FIDELIDAD-QUE-TRANSFORMA-LA-VIDA.webp

La verdadera fidelidad es mucho más que cantar un hermoso himno. Podemos cantar palabras profundas y vivir de una manera completamente diferente. La fidelidad se demuestra cuando nuestras decisiones confirman aquello que decimos creer. No se escucha solamente con los labios; también se ve en nuestra manera de vivir. Jesús lo expresó con sencillez: ***"Si me aman, guarden mis mandamientos"*** (Juan 14:15). El amor verdadero siempre termina convirtiéndose en acciones concretas. Como hijos de Dios, nuestra fidelidad no nace del miedo a ser rechazados. Nace de saber que pertenecemos a una familia y que hemos recibido una nueva identidad. Pablo dice que somos hijos de Dios ***por medio de la fe*** (Gálatas 3:26). Por eso, nuestra manera de vivir debería reflejar cada vez más el corazón de nuestro Padre. No estamos llamados a aparentar perfección, sino a caminar en verdad. Un hijo representa mucho más que un nombre: **representa una forma de vivir.** Dios no está impresionado simplemente por nuestras expresiones externas. La Escritura dice que el ser humano mira lo que está delante de sus ojos, pero ***Dios mira el corazón*** (1 Samuel 16:7). Podemos tener una excelente voz, levantar nuestras manos y decir palabras hermosas. Pero la verdadera pregunta es qué sucede con nuestro corazón cuando termina la canción. Allí comienza la fidelidad que Dios realmente desea formar en nosotros. Porque lo que somos en secreto termina revelándose en nuestra vida pública. La fidelidad se descubre especialmente en las cosas pequeñas. Jesús enseñó que quien es fiel en lo poco también lo será en lo mucho (Lucas 16:10). Cómo manejamos el dinero, una promesa, una conversación o una responsabilidad dice mucho de nosotros. No necesitamos esperar una gran oportunidad para demostrar nuestro carácter. La fidelidad se construye en decisiones pequeñas que muchas veces nadie ve. Lo que hacemos cuando no recibimos reconocimiento también tiene valor delante de Dios.
Ser ciudadanos del Reino de Dios significa vivir desde una perspectiva diferente. ***Nuestra ciudadanía está en los cielos*** , afirma Pablo (Filipenses 3:20), pero seguimos viviendo dentro de este mundo. Por eso no escapamos de la sociedad: llevamos a ella los valores del Reino. Jesús dijo que somos ***"luz del mundo"*** (Mateo 5:14), y una luz existe para iluminar. Nuestra presencia debería aportar verdad donde hay engaño y esperanza donde existe desesperación. La ciudadanía del Reino se demuestra en la manera en que influimos sobre nuestro entorno. Un ciudadano del Reino no puede ser indiferente frente al sufrimiento de otros. La fidelidad a Dios incluye nuestra respuesta ante el necesitado, el débil y el que atraviesa dificultades. Jesús unió el amor a Dios con el amor al prójimo (Mateo 22:37-40). Por eso, no tiene sentido cantar sobre amor mientras tratamos a otros con desprecio. No tiene sentido cantar sobre justicia mientras aprovechamos nuestra posición para beneficio propio. Nuestra fe adquiere credibilidad cuando se convierte en misericordia, justicia y servicio. Santiago dice ***que la fe sin obras está muerta*** (Santiago 2:17). No significa que podamos comprar el amor de Dios mediante nuestras buenas acciones. Significa que una fe verdadera inevitablemente comienza a producir cambios visibles. Si Dios está transformando nuestro interior, algo de esa transformación llegará a nuestras relaciones. La manera en que hablamos, perdonamos, trabajamos y tratamos a los demás debería mostrarlo. La vida termina revelando aquello que realmente creemos. La fidelidad tampoco significa que nunca vamos a equivocarnos. Significa que cuando caemos no hacemos de la caída nuestro lugar definitivo. Pedro negó a Jesús, pero Jesús no terminó su historia en aquel fracaso (Juan 21:15-19). Lo buscó, lo restauró y volvió a confiarle una responsabilidad. Proverbios dice que el justo puede caer y volver a levantarse (Proverbios 24:16). La fidelidad también consiste en reconocer el error y tener el valor de regresar.
Hay otra dimensión importante: la fidelidad necesita discernimiento. No todo lo que se dice en nombre de Dios representa necesariamente el corazón de Dios. La Biblia nos anima a ***examinarlo todo y conservar lo bueno*** (1 Tesalonicenses

5:21). Por eso no debemos seguir ideas solamente porque son populares, antiguas o repetidas muchas veces. Un hijo de Dios aprende a pensar, discernir y comprobar lo que escucha. La fidelidad no elimina nuestra responsabilidad de usar la conciencia y la inteligencia. A veces ser fieles significa mantenernos firmes cuando hacerlo tiene un costo. Daniel decidió continuar honrando a Dios aunque una orden del gobierno intentara impedirlo (Daniel 6:10). Los primeros discípulos también afirmaron que debían obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29). La fidelidad se vuelve visible cuando aparecen la presión, el miedo o la posibilidad de perder algo. Mientras todo es conveniente, es fácil decir que somos fieles. La prueba llega cuando hacer lo correcto puede dejarnos solos. También debemos aprender a distinguir entre fidelidad y simple costumbre. Hay cosas que podemos repetir durante años sin detenernos a preguntarnos qué significado tienen. Podemos cantar las mismas canciones, usar las mismas palabras y mantener las mismas rutinas. Pero Dios desea una relación viva, no una colección de hábitos religiosos. La fidelidad no consiste en repetir correctamente una fórmula, sino en caminar diariamente con Dios. Por eso nuestra relación con Él debe tocar cada área de nuestra existencia. Nuestra fidelidad también se prueba en la forma en que tratamos a quienes piensan distinto. Jesús no enseñó a sus seguidores a construir una vida basada en despreciar al otro. Nos llamó a amar incluso a nuestros enemigos y a orar por quienes nos hacen daño (Mateo 5:44). Eso es mucho más difícil que cantar una canción sobre el amor. El Reino de Dios se vuelve visible cuando respondemos de una manera diferente a la lógica de la venganza. Allí nuestra vida comienza a mostrar quién gobierna realmente nuestro corazón. Podemos cantar sobre perdón y seguir alimentando resentimientos durante años. Podemos cantar sobre generosidad y cerrar la mano cuando alguien necesita ayuda. Podemos cantar sobre verdad y acostumbrarnos a pequeñas mentiras cuando nos resultan convenientes. Podemos cantar sobre servicio y buscar siempre ocupar los lugares de mayor reconocimiento. Por eso la pregunta no debería ser solamente qué cantamos, sino qué estamos viviendo. **La verdadera adoración comienza cuando nuestras decisiones dejan de contradecir nuestras palabras.** La fidelidad aparece también en el trabajo que hacemos cuando nadie nos felicita. Está en cumplir una tarea con responsabilidad, aunque nadie vaya a revisar nuestro esfuerzo. Está en devolver lo que no nos pertenece y reconocer un error antes de que alguien lo descubra. Está en cumplir una promesa, aunque ya no tengamos ganas de hacerlo. Está en cuidar nuestras palabras cuando podríamos destruir la reputación de otra persona. Son decisiones aparentemente pequeñas, pero construyen una vida digna de confianza. Como ciudadanos del Reino, no vivimos únicamente para nuestro beneficio personal. Somos llamados a buscar el bien de otros y a participar en la construcción de una sociedad más humana. Jesús dijo: “***Así alumbre vuestra luz delante de los hombres”*** (Mateo 5:16). Nuestra luz no consiste en llamar la atención sobre nosotros mismos. Consiste en que otros puedan encontrar esperanza, justicia, honestidad y compasión a través de nuestra manera de vivir. El Reino se hace visible cuando sus valores comienzan a aparecer en nuestras acciones. Quizás la mayor prueba de nuestra fidelidad aparece cuando no entendemos lo que Dios está haciendo. Hay temporadas en las que oramos y no vemos respuestas inmediatas. Hay momentos en los que obedecer parece no producir ningún resultado visible. Habacuc llegó a decir que, aunque no hubiera fruto en los campos, seguiría confiando en Dios (Habacuc 3:17-18). Esa es una fidelidad más profunda que la que depende de recibir siempre lo que esperamos. Es permanecer porque conocemos a quién pertenecemos, incluso cuando todavía no entendemos el camino. Por eso, un hermoso himno puede ser una expresión maravillosa de nuestra fe. Pero nunca debería ser utilizado para esconder una vida que contradice lo que cantamos. Que nuestras canciones encuentren respaldo en nuestra manera de trabajar, amar, perdonar y servir. Que nuestras palabras encuentren confirmación en nuestras decisiones cuando nadie nos está mirando. Que nuestra identidad como hijos de Dios se note también en nuestra ciudadanía cotidiana. Entonces nuestra vida completa se convertirá en una canción que no necesita escenario. La verdadera fidelidad no busca solamente parecer espiritual; busca ser verdadera. No necesita aplausos, porque su motivación principal no es impresionar a las personas. No depende de un momento emocionante, porque continúa cuando la emoción desaparece. No se limita a una reunión, porque acompaña al hijo de Dios a su casa, su

trabajo y sus relaciones. No consiste solamente en cantar acerca del Reino, sino en vivir de acuerdo con sus valores.
Yo soy terrenalmente argentino. Y no me paso todos los días haciendo esfuerzos por vivir como un argentino. Simplemente vivo como lo que soy, sin esfuerzos. Eso es sinónimo de ciudadanos del Reino.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments